



III.

ABUELOS DE LA NIÑA.



Un prólogo de forma estrafalaria
Que de Darwin nos muestre la ascendencia,
Era cosa del todo necesaria
Para casar la antigua y nueva ciencia.

Y como lo que es necesario se da
en el orden real, también se dió
el prólogo que aparece al principio del
libro del Sr. Fuertes, que viene sirvien-
do de materia á estos varapalos.

Es el prólogo á que nos referimos

una especie de vindicación *histórica* del *darwinismo*. Porque como cada quisque tenemos nuestra miaja de vanidad, y no queremos ser tenidos nunca por noveles, el Sr. D. Máximo que notó la antigüedad de la especie humana en el sistema de Darwin, pues procede nada menos que de la primera *célula* viviente, quiso dar á la doctrina tantos pergaminos como cupieran en una casa, haciéndola originaria del primer filósofo que se ocupó en investigar el origen de los seres, de Tales, fundador de la filosofía griega. ¿Les parece á VV. despreciable la alcurnia del transformismo?

Pues nada menos que al pobre Tales quiere el Sr. Fuertes colgarle el sambenito transformista, porque tuvo la ocurrencia de decir que «el agua era el principio generador de todos los seres, del cual todos se forman y en el cual todos se resuelven».

Conocido el primer defensor del *darwinismo*, como si dijéramos, el *aborigen* de los transformistas, no era difícil con-

servar de siglo en siglo este fuego sagrado de la ciencia, á la manera que las *Vestales* lo conservaban en Roma y los *Magos* en Persia. Y en efecto, «*Heráclito, Empédocles, Aristóteles, Plinio, Lucrecio, Virgilio* y otros muchos, emiten en sus obras conceptos de transformaciones que ocurrieron y ocurren en la tierra».

De todos estos personajes citados por el Sr. Acevedo como precursores del *darwinismo*, sólo le concedemos á *Empédocles* y *Lucrecio*, y si tiene mucho empeño le cederemos además á *Heráclito*, rogando de paso al Sr. Director que no levante falsos testimonios á los escritores antiguos.

De *Empédocles* dice el Sr. Fuertes, que defendía la eternidad de la materia increada, añadiendo con la mayor candidez: «que esta opinión es la más conforme con la teoría de Darwin».

Pues señor: ¡buena recomendación ha buscado D. Máximo al *darwinismo*! Si la teoría de Darwin es lo más con-

forme con un disparate, ¿qué tal será la dichosa teoría? A cualquiera se le ocurre que ha de ser disparatada; y el Sr. Acevedo, al querer autorizarla con las sentencias del filósofo griego, no ha hecho otra cosa más que ponerla en evidencia. Ahora bien; que la doctrina de la materia eterna é increada sea una locura, demuéstalo lo más rudimentario de la filosofía, como sabe bien el Sr. Fuertes.

El epicúreo Lucrecio es, á no dudarlo, otro de los antecesores de Darwin, por lo menos en lo que se refiere á la generación espontánea, pues asienta muy formal que los hombres nacieron de la tierra á manera de hongos. Y respondiendo á la observación que le hacían de que nuestro planeta ya no tenía tal virtud, dice que «de ha sucedido lo que á las mujeres que, en llegando á viejas, dejan de parir»!!!! Son textuales sus palabras.

Por manera que el argumento del Sr. Fuertes en su prólogo pudiera for-

mularse así: «Muchos hubo en la antigüedad que enseñaron gravísimos errores: luego no hemos de negar á los modernos el derecho de reproducirlos corregidos y aumentados; ni tampoco el derecho de *ilustrar la opinión* divulgándolos entre las gentes, que los ignoran». Si lo desea D. Máximo le daremos la enhorabuena.

Previniendo el Sr. Fuertes en el mismo prólogo á sus lectores contra las contradicciones de que es objeto la doctrina darwinista, les recuerda lo ocurrido con Galileo en Roma y con Colón en Salamanca. ¡No faltaba más que no saliera Galileo á relucir! ¡Parece, en vista de tanto traer y llevar á Galileo, que es el abogado de los pobres!

¡Pero vamos á ver, Sr. D. Maximol ¿Por qué levanta V. falsos testimonios á Galileo? ¿No sabe V. que la célebre frase *é pur si muove* es una filfa inventada á fines del siglo pasado? ¿No ve usted que sienta mal á los hombres de 1883 comulgar con las papas de los

enciclopedistas y que se rebaja el mérito literario y científico del Sr. Director del Instituto de Badajoz con esas citas inverosímiles en medio de tanta luz?

«El sabio Cristóbal Colón se vió obligado á discutir su portentosa pericia en la ciencia geográfica y cosmográfica en una asamblea de teólogos y filósofos del convento de San Esteban de Salamanca, á quienes el ilustre genovés no pudo convencer que existía un mundo ignorado más allá de los mares conocidos. Y sin embargo de tan torpe y fanática oposición, por creerse entonces que tales ideas se oponían á la relación bíblica, hoy son verdades tan ciertas como la existencia del sol y los planetas».

Con toda esa prosopopeya se explica el Sr. Fuertes en lo relativo á Colón. ¡Si habrá estudiado la Historia de España por la de su compañero y amigo el Sr. D. Anselmo Arenas? Porque á juzgar por la muestra, parecen ambas del mismo paño. Ya llegará el día, y si

Dios quiere nó tardando, en qué demos un vapuleo á tal historia ¹, aunque el Sr. D. Máximo se corfirmen en la idea preconcebida de que *El Avisador* es enemigo del Instituto. Le tranquilizaremos hoy, asegurándole que el *El Avisador* no es enemigo de nadie, y mucho menos de los centros de enseñanza; que estima en lo que valen los esfuerzos de los señores profesores porque aquella se propague; que ama, en una palabra, con toda su alma la ilustración. Mas por lo mismo no ha de permitir, en lo que pueda, que se dé gato por liebre; y mucho menos, cuando el engaño proceda de personas que por oficio están obligadas á enseñar la verdad, y nada más que la verdad.

Hecha esta pequeña digresión, volvamos á nuestro asunto.

¿Dónde vió el Sr. Fuertes que Colón

¹ Ya se le ha dado, y, con el título de *Un libro de texto*, anda impreso en dos tomos que se venden á peseta cada uno.

no pudo convencer á los frailes de San Esteban y otros varones doctos de la célebre Universidad, de que existía un mundo ignorado? ¿A que no presenta un documento digno de fe donde se consigne semejante dislate? Cierto que algunos extranjeros nos han calumniado, como en otros puntos, con motivo de las conferencias de San Esteban; ¿pero el Sr. Fuertes cree lo que dicen contra su madre las vecinas de enfrente, sin someterlo á examen riguroso y preguntar á los de casa?

¿No ha leído la vindicación que hizo de la Universidad salmantina su actual Bibliotecario? ¿No ha leído la hecha en favor de los frailes por el P. Manóvel? Y sobre todo, ¿nada dicen los hechos? Porque lo cierto es que la Reina Católica se decidió á favorecer los desig- nios de Colón á poco de concluir la conquista de Granada, vendiendo para ello sus joyas. ¿Quién la inclinó en favor de aquel hombre que entró en nuestra tierra pidiendo pan, á quien públi-

camente consideraban como aventure- ro, y cuyas peticiones habían sido re- chazadas en Portugal, en Génova, y también quizá en otras partes?

¿Si habrá interés por parte del se- ñor Acevedo, como lo hay por parte de los escritores enemigos del Catolicismo, en privar á éste de sus glorias? Porque lo cierto es que la de hacer nosotros el descubrimiento y conquista de América se debió á *tres frailes*. Al P. Marchena, Prior del convento de la Rabida, que recibió á Colón y su hijo, dándoles de comer por amor de Dios; y compren- diendo desde luego que aquel pordiosero no era un hombre vulgar, después de tratar á la larga con el marino, le reco- mendó eficazmente en su pretensión al P. Talavera, confesor de la Reina, y ya tenemos el segundo *fraile*; siendo por fin el tercero el P. Deza, del con- vento de San Esteban, quien, no sola- mente comprendió el pensamiento del genovés, sino que se convirtió como en su ángel tutelar, dándole cuanto necesi-

taba dentro y fuera de Salamanca. ¡Pero eran *frailes!* y está *probado* que los *frailes* ni entienden las ciencias ni hacen nada bueno. Además alguno de ellos perteneció á aquel terrible *poder*, cuyo sólo nombre crispa los nervios del Sr. Fuertes.

En conclusión, que este señor ha levantado otro falso testimonio á los teólogos y filósofos de Salamanca. ¿Si creerá el Sr. Acevedo que no va con él el octavo mandamiento?

Todavía levanta otro, y este es más grave, á la ciencia, en las palabras siguientes: «La misma pluralidad de mundos habitados, ¿no fué considerada como un delirio ó un absurdo, por oponerse á la mezquina y ridícula idea de que sólo este pobre grano de arena que se llama tierra, era el único mundo habitado? Y sin embargo, ¿hay hoy un sólo hombre de ciencia—que no admita la *existencia* (¿en verso, D. Máximo?) de seres en todos los planetas y hasta en todos los astros?»

Oiga V., D. Máximo, estos cantares.

Por las estrellas
Yo caminara
Y las hallara
Puras y bellas.
Sus habitantes
Fuertes y sanos,
Unos enanos
Y otros gigantes.
Con bigotillos
Apuntalados
Y más rabados
Que unos diablillos.

¡Ni tan gordas, Sr. Fuertes, ni tan gordas, que ya la *ciencia* no puede con tanto! ¿Quién le ha dicho á V. que todos los hombres de ciencia admiten la existencia de habitantes en los astros? ¿Quién los vió? ¿Quién los oyó? ¿O quién vino de tan lejos á contárselo á V? Los hombres de *ciencia* admiten la *posibilidad* y nada más, porque nada más saben. ¿O para V. todo lo posible es real? ¡Feliz V. en tal suposición!

Pero basta ya de *prólogo*, y pásemos á otra cosa.



IV.

DARWIN.

Abúltanse los montes,
Asústase la gente
Y nace en continente
Raquíptico ratón;
Que corre por los prados
Buscando un agujero,
Hasta que un gato fiero
Le coge el corvejón.

Los antiguos Arúspices hacían grandes preparativos, y se rodeaban de misterios antes de dar respuesta á los tontos que pagaban dinero por oír una simpleza.

Algo parecido sucede con el libro

del Sr. Fuertes sobre el darwinismo. Después de la dedicatoria escribe *una palabra sobre el libro* con cierto aire misterioso, que hace pensar al lector si será el libro alguna cosa grande. Luego pone un prólogo que vale un Perú, como se ha visto en el artículo anterior, donde descubrimos algunos de los muchos *quid pro quo* que encierra.

Ahora que debía entrar de lleno en la materia darwinista, todavía necesita algunos *preliminares*; pues no es cosa de abordar sin preparación alguna la defensa solapada que ha de hacerse del darwinismo en el resto del libro, que, á juzgar por los preparativos, va á ser más voluminoso que los *físicos* de Aristóteles.

Aun ha de parecer al Sr. Fuertes poca preparación la *palabra*, el *prólogo* y los *preliminares*, porque en el capítulo siguiente le veremos entrarse por el campo de la *Geología* y *Paleontología* con el fin de enterar á sus lectores de algunas cosas que no sepan; y que tam-

poco sabrán, por supuesto, después de leído el capítulo geológico-paleontológico. Y después de tanta preparación y tanto aparato, ¿qué resulta? Nada. Lo que decían los antiguos: *Parturiunt montes, nascetur ridiculus mus*.

Así es el libro de D. Máximo. Mucha preparación, mucho aparato, muchos preliminares, mucho alardear de imparcialidad y de no salir del terreno científico, para resultar después con lo que irá viendo el curioso lector.

En el capítulo primero, ó sea en los *preliminares*, nos dice «que Darwin es una de las figuras más brillantes del mundo científico, por su gran talento, lo vastísimo de sus conocimientos y la delicada y minuciosa crítica que respiran todas sus obras».

No negaremos nosotros que Darwin tuviera mucho talento y muchos conocimientos en las ciencias naturales; que reuniera multitud de hechos que enriquecieron los conocimientos humanos; pero de ahí á proclamarle como un

oráculo, á ponderar tanto su crítica y su *ciencia* como lo hace el Sr. Fuertes, hay mucha distancia. La ciencia no la constituyen los hechos por muchos y bien observados que se supongan. La ciencia es algo más, y ese algo es lo que no vemos en Darwin.

La resonancia que produjeron en el mundo sus escritos nada significa en pro de la verdad de la teoría darwinista, porque también las grandes aberraciones hacen mucho ruido.

Había en Éfeso un famosísimo templo que era la admiración de propios y extraños, cuando á un tal Eratostrato que tenía grandes deseos de inmortalizarse, se le ocurrió ponerle fuego para lograr así lo que no podía conseguir por otro camino. Y en efecto lo consiguió, porque su nombre, que no sería conocido por nadie, á no haber mediado la quema del templo, es hoy, y será siempre, célebre en la historia humana. Celebridad triste debida á una locura, poco importa; él obtuvo lo que deseaba.

«Su sistema científico, habla D. Máximo, no descansa en principios tan ciertos que no necesiten confirmación.»

Eso mismo decimos nosotros y algo más, porque el sistema darwinista descansa en principios falsos, cual es la eternidad de la materia increada; y por eso es falso y falsísimas sus consecuencias, como deducidas de falsos principios. Por lo cual en vano se rompe la cabeza el Sr. Fuertes para hacer pasar como aceptable semejante teoría, pues nunca es aceptable lo falso.

«La teoría de Darwin, continúa el Sr. Director del Instituto, no es, en verdad, nada nueva»... «Y á pesar de que el darwinismo no es una idea nueva»... «El hecho podrá no ser exacto, pero repetimos que tal como está expuesto tampoco es nuevo».

No sea V. tan cansado, Sr. Acevedo. ¿Para qué escribió V. el prólogo sino para decirnos que el darwinismo no es nuevo, presentándonos su genealogía que hace V. arrancar de los albores de

la filosofía griega? Y todavía en menos de dos páginas nos espeta V. otras tres veces que no es nuevo. ¡Vaya por el hincapié que V. toma en hacernos creer que es más viejo que la zamarra de Adán! Séalo enhorabuena; que no por ser viejo ha de ser bueno, pues sabido es que los niños malos suelen, cuando llegan á la ancianidad, ser bastante peores. Y esto mismo sucede al sistema de Darwin, por más que V. y otros trabajen para beatificarlo.

Conque no es que se resintiera el *amor propio* del hombre, como V. dice, sino que se resintió el amor á la verdad, que tan mal parada sale en la teoría darwinista y en su libro apologético.



V.

UN CANTO RODADO.

El amibo ó amiba ¹,
 Que del agua nació con alma viva,
 Cuando le dió la gana
 En pez se trasformó, si no fué en rana:
 Ensanchando más tarde sus pellejos
 Formó..... varios bichejos.
 De estas trasformaciones como fruto
 Resultó el Director de un Instituto.
 Si este sigue la norma
 Veremos en qué bicho se transforma.

HAREMOS gracia á nuestros lectores del capítulo referente á la *geología y paleontología* para poner des-

¹ Lllaman amiba los naturalistas á un género de infusorio consistente en una masa de sustancia glutinosa y transparente que se cría en las aguas estancadas. Para los darwinistas es el primer ser viviente.